POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por estar exentos de la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser más ó ménos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician, inmenso; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los régios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquías y condiciones, se acogen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que, sin más facultades que las tres del alma, sin más oficio que el de vivir, sin más porvenir que el del presente dia, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora; se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa más blanda que los soportales de la Plaza ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo, aquel dia pasa, y se encuentran con la agradable certi-

dumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena; que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos; que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias; que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.

No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, más ó ménos voluntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y travesura que aplicar á aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajeno; todos están seguros de alimentarse aquel dia, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los más numerosos y modestos de estos vividores impertérritos se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó «mendigos encubiertos y pudibundos» (segun la definicion del *Diccionario de la Lengua*), escogiendo una actitud más ó ménos patética para implorar la caridad ajena.

Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices más ó ménos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas más ó ménos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. gr., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) áun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros,

que á la sazon os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre éste despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no teneis qué contestar á una interpelacion tan oportuna, no podeis resistir al espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la petaca á aquel héroe no comprendido, á aquel Belisario de pié y medio.

O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempos que habia Cuzco y se estilaban todavía intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debeis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.

Ya es un patriota desdichado, víctima de la revolucion ó de la política, cuya manutencion pesa como un censo enfitéutico á cargo del partido á que dice que perteneceis, segun el boletin de suscricion que os presenta, cubierto de las firmas más respetables y eufónicas, y al que llamaríamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan sucio por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.

Ya es un malparado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigiros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.

Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, teneis que ha-

cer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho; á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria; á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podais acudir á remediar su desconsuelo; las bases del arancel con que podeis obtener sus más tiernas simpatías. — Y vosotros (que supongo no estaréis á la altura de fortaleza de un Antonio ó un Jerónimo, y que no teneis á mano un guijarro con que atormentar el pecho para desviarle de aquella formidable embestida) tomais la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiais el arancel de su gratitud; y trocando los papeles, os dirigís *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.

No es sólo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de los que le negára la fortuna.—Esta posicion de hombre-alhaja, de galan vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equívoca categoría de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los oficios de vendedor de fósforos ó de fresa, de billetes de teatro ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el tirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mujeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las más veces se explica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesion que casi siempre acaba por conducirlas á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoría de galanes vergonzantes hay infinitos que recorrer hasta lo más alto de la escala, pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbelto mancebo y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apuesto jinete, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera, en fin, de buen tono que arrebata la atencion de las mujeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que, sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galan vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-deidad del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

Los hay de estos dorados mendigos que no pueden, sin embargo, decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hácia las altas clases, hácia las elevadas personas, hácia los magníficos salones y opulentas cocinas.

Estos parásitos infatigables, perpétuos vividores, convidados de piedra á todo festin, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dósis suficiente de ingenio para hacerse, no sólo tolera-

bles, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar sólo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas, para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. — Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique asiette;* los españoles solemos designarle con los no ménos expresivos de *catacaldos y panzas al trote*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes* de buen tono.

No léjos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decia en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druídicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compas en los áureos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epiceno ó comun á entrambos sexos, y comprende, ademas de los jugadores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo temeron que cobra el barato en las briscas de la Vírgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitacion para el sacrificio, y concluido éste á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de ésta, cuando era más jóven y podia contar con otro capital de gracias, tambien su fortuna estaba en el candelero, tambien su altar rebosaba de adoradores, tambien su boato eclipsaba el de las clases más elevadas. Y sin embargo, nadie la conocia fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenía, por otro lado, tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo más escogido y brillante

de Madrid; no habia todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puertas de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí sólo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa hacía los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetillas y revistas matritenses, y todas las semanas lograba la satisfaccion de ocupar una buena columna de aquéllas con la reseña de la última *inolvidable soirée* de la amable señora de***, amenizada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo, por otra parte, idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A....., seguia por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z.

A toda esta música celestial de gacetilleros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar :—«Todo esto está muy bueno, pero ¿quién es esa brillante dama, y con qué medios cuenta para sostener todo ese lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?» — Nadie por entónces hubiera tenido la ocurrencia de calificarla de *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan sólo á ciertas horas del dia, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducto tenía la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demas *gracias al sacar*, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferian sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalas años enteros, que hallaban más cómoda esta vía reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posicion no ménos equívoca del *pobre vergonzante* es la que suele ofrecer el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de

los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas: y al reves que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á éstos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensos, trabajos magníficos; pero detras de todo aquel aparato de decoracion exterior, sólo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y anteado guante, la perspectiva de las injurias, de las persecuciones, de los procesos y de las cárceles, con que pagan en cabeza propia las especulaciones, los honores y la grandeza del feliz mortal que pudo comprar un testaferro.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el Gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el gerente de una sociedad de industriales que, á trueque de un mezquino sueldo, autoriza con su firma los embolismos de aquéllos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagraviar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que ni siquiera, sin embargo, sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario, con la blanca mano del ama de llaves, dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman tambien ante la ley un responsable editor.

No sólo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre más ó ménos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambicion, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros más célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
La riqueza en pié mantiene;
Que no es rico el que más tiene,
Sino el que há menester ménos»;

cuya exactísima observacion, contraida á nuestro propósito, podriamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester más.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo supérfluo; para unos caractéres todo lo que pasa del preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho, es lo segundo; para otros todo lo que falta del regio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festin, es lo primero.

Mendigos vergonzantes ó inconfesos son los que á vueltas de una patética relacion, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos.—Mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate ó las antesalas del poder para obtener títulos y honores, de que tenian hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á Mecénas que le pagó la impresion.—Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitucion, de un rico palacio, de un brillante carruaje y de un abono de palco en el teatro Real.—Mísero vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto más al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso orador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los dias desde lo alto de la tribuna.

Pero, en fin, ésta ya es otra clase de mendicantes, y aquí sólo quisimos tratar de los calificados en el sentido recto de la palabra. Quizás otra ocasion, dando otro giro, vuelo más extendido al argumento, consideremos la cues-

tion en su alta esfera, nos las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condicion del que se ingenia para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasion; ántes bien dirémos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propaladia:*

«Trabajo no es menester,
Que si bien quereis sentir,
Harto trabaja el comer
Quien lo tiene que pedir.»

GUSTOS QUE MERECEN PALOS.

De gustos no hay nada escrito, dice el refran, y es una solemne mentira, autorizada, como tantas otras, por una convencion tácita del vulgo; pero por si fuese cierto, y no hubiese nada dicho sobre la materia, yo voy á escribir, yo voy á consignar mi opinion.—Y no hay que taparme la boca con aquel otro apotegma no ménos vulgar de que *Sobre gustos no hay disputa*, porque me atreveria á demostrar su falsedad evidente, como que todas las disputas son precisamente ocasionadas por diversidad de gustos, y digan lo que quieran los *Diccionarios* y *Panléxicos* más corrientes y autorizados, y la *Filosofía vulgar* de Malara, y los *Refranes* de Nuñez, y los *Sinónimos* de Huerta, y el *Tesoro* de Covarrubias, y las *Etimologías* de Cabrera, ésta es la verdad, y así me convencerán de lo contrario como por los cerros de Úbeda.—Punto y aparte.

Ibamos diciendo que la variedad de los gustos ó inclinaciones ocasiona las diferencias sustanciales entre los caractéres humanos, así bien como la disparidad de las facciones imprime diversos aspectos á la fisonomía. De esta infinita variedad física y moral de la especie humana procede en último resultado su equilibrio y perfecta armonía; porque no hay duda que si todos naciéramos inclinados á una misma cosa, y esta cosa fuese sólo una, entónces sí